

# “ASÍ NOS INSULTAN”

La población afromexicana, según los datos censales de INEGI, es un sector minoritario. Se encuentra escondida entre la raza nativa que posee un color cercano. Es importante considerar la población afromexicana en cuatro grupos claramente diferenciables: los negros y las negras que conservan su procedencia racial sin mezclarse con otras razas, los mulatos y las mulatas (se llaman también zambos), los negros y las negras originarias o cruzadas naturalizadas y los negros y las negras de varias generaciones con cruzamientos raciales diferentes. Su condición y situación es parecida a los de los pueblos originarios, las comunidades indígenas, porque desde su introducción en calidad de esclavos durante el colonialismo sigue persistiendo bajo otras modalidades de opresión, exclusión y desprecio.

En el Estado de Morelos, un espacio físico denominado la “eterna primavera”, la población afromexicana es considerable. La mayoría son inmigradas de los Estados de Oaxaca, Veracruz, Puebla, Guerrero y hasta de los países Centroamericanos. Las actividades y las ocupaciones económicas predominantes en este territorio nacional están en el turismo. Los balnearios, los chapoteaderos, los centros recreativos, los clubes exclusivos, los centros de convenciones, los lugares de esparcimiento, los paisajes de excursiones y los pueblos mágicos se hallan operando en todos los Municipios. Es aquí donde la mayoría de las mujeres afromexicanas laboran.

Por el fomento de las acciones para mejorar la economía popular que venimos impulsando desde 2017, en diversas localidades del Estado de Morelos, descubrimos cuatro situaciones recurrentes: las mujeres de distintas procedencias, estatus, creencias y ocupaciones son infravaloradas; las mujeres indígenas siguen viviendo en el confinamiento, la exclusión y la pauperización; las afromexicanas reciben una permanente discriminación a causa de los prejuicios raciales, clasistas y racionales; el incremento y la proliferación de las madres adolescentes y las madres solteras.

Como parte de la defensa, la protección y la divulgación de los derechos fundamentales de las mujeres, siempre apegados a la seguridad comunitaria y la convivencia democrática, en los recorridos por los balnearios tanto de las personas físicas con actividades lucrativas, las sociedades mercantiles como los espacios turísticos de las comunidades ejidales nos topamos con las formas en que son tratadas verbal, psicológica y comunicacionalmente con las mujeres de descendencia africana. Absolutamente todas las afromexicanas en las interlocuciones efectuadas manifiestan “ASÍ NOS INSULTAN”. De una variedad de testimonios, por su importancia y trascendencia, seleccionamos seis. Cada afromexicana menciona la identificación que realizan los varones con algún

producto alimenticio o con los productos derivados para descalificar, discriminar y perjudicar. Los insultos son agresiones pasionales, sentimentales y emocionales que denigran a las afroamericanas. Se trata de las minusvalías de las mujeres no solamente por el machismo, sino también de las bravuconadas de los varones.



Los balnearios son espacios que se caracteriza por siete sucesos sociales: la interracialidad, el interclasismo, la multinacionalidad, la multiculturalidad, el plurilingüismo, la multiconfesionalidad y los procederes diversos. Los espacios de recreación, esparcimiento y entretenimiento son lugares donde los derechos fundamentales se cruzan, se enfrentan y hasta se conflictúan. Acontecen las relaciones sociales amistosas, discriminantes y polarizantes.

## HUITLACOCHÉ



**CARMEN** (vive en Yautepec, tiene 58 años y trabaja como organizadora de eventos en su localidad)

“No soy descendiente africana. Mi padre es amuzgo y mi madre es zapoteca. Desde que tengo 12 años, por estar llenita, todos los jovencitos me decían prieta hazme la buena. Yo las decía: no soy morena ni soy negra. Vengo de un pueblo que existía ya antes de que llegaran los negros. El color que tengo es de los pueblos que quedaron separados por los blancos.

Los pretendientes que tuve, cuando no las hacía caso a sus intenciones, me llamaron “prieta asquerosa”. Ya estando casada, en el trabajo y en las calles, los hombres se me acercaban con diversas intenciones. Decir no a sus insinuaciones, propuestas y pretensiones causaban ira para que los hombres altaneros me dijeran “huitlacoche podrida”. Otros mostrando sencillez, al acercarme y dirigirme la palabra, me decían: “güerita hazme caso conmigo no trabajarás ni pasarás intranquilidades”. De todas formas considero que esas palabras sobajan y arrinconan a una.

Antes de dedicarme a la que hago actualmente, unos tres años, trabajé en dos balnearios en Tlayacapan. Me percató que acuden gente de todas las edades, estratos y colores. Desde el comedor de los balnearios miraba a la gente que entra y sale de los chapoteaderos. Las personas que entraban a comer, por el menú que ofrecía, dirigiendo su mirada esquiva, hacían su orden. Solamente en dos ocasiones, unos hombres bronceados al hallar bilet en un vaso, me gritan: “negra asquerosa cómo me das un vaso sucio parece que teñiste con tu mugre”. Ante tanta gente que llena al comedor sentí vergüenza, miedo y terror. Un rato quedé paralizada. Fui donde las trabajadoras que se encargan de la limpieza, el lavado y el secado de los utensilios y les dije: “por su maldita irresponsabilidad acaban de ofenderme y fíjense bien en el lavado que hacen”.

Por los hostigamientos de mis compañeros dejé el trabajo. No soportaba las humillaciones y sus chantajes. Más por confundirme con las afroamericanas abandoné el trabajo bajo un patrón. Trabajar por un salario es alentador, pero es bien agotador. En los balnearios me contrataron diciendo que tengo un horario laboral de 8 horas. Al cumplir las tareas y lo quehaceres que encargan no siempre se sujeta una al horario. Por el lavado de los trastes, el acomodo de los muebles,

la fregada del piso y el ordenamiento de la cocina después de que terminan los servicios al público ocupan a una cerca de 3 a 4 horas. En realidad el horario de trabajo varía entre 11 a 13 horas diarias. Una termina bien casada y llegas a la casa sin ganas de otra cosa. Mientras en mi actual trabajo, por ser mi negocio propio, puedo abrir y cerrar el local en el horario que quiero. También puedo descansar los días que no quiero trabajar. Echar ganas es el mejor aliciente cuando trabajas por cuenta propia.

Si eres floja y desordenada no puedes prosperar. Para levantar el negocio tuve que inclusive dejar de comer, pues así pude ahorrar. Mi marido mientras vivía me ayudó bastante. Mis dos hijas que son mayores y tres hijos me ayudan. La mayor actividad tenemos en los días festivos, los cumpleaños, las bodas y en las graduaciones al término de la escuela primaria, secundaria y preparatoria. Mantener el negocio es difícil. Ante tanta competencia se tiene que ingeniar las maneras de ganar la clientela. En este negocio seguimos estigmatizadas de prietas, sombreadas y oscuras por los competidores. A veces el local amanece pintado con cruces negras y hasta tiran estiércol a la puerta. Así pues entiendo el martirio de las negras, las mulatas y especialmente de las niñas zambas que son ofendidas y tratadas despectivamente”.

## ZAPOTE NEGRO

**MERCEDES** (vive en Temixco, tiene 54 años y trabaja como vendedora de productos diversos en la tienda del balneario)

“Siendo recién nacida, según comenta mi madre, venimos de Costa Chica y nos quedamos en Temixco. Desde los 14 años trabajo vendiendo productos que son adquiridos por los turistas. Día a día tengo contactos con toda clase de gente que llegan al balneario. Las que proceden de distintas partes del interior y de la capital del país manifiestan actitudes que van desde un observar curioso de mi persona, pasando por halagos por el tipo de atención que doy, hasta señalamientos que anulan mi dignidad por mi color.

En todas las ocasiones que recibo chuleadas vienen de cuatro tipos de hombres: los delgados gritan que tengo un trasero imán, los gordos dicen que soy zapote negro lista para comer, los casados me invitan a pasear por otros



balnearios y los jóvenes que me llaman suegra graciosa. A veces suelto carcajadas por esos cumplidos, pero en otras oportunidades, según la tonalidad con que dicen, me enfado. Si fuera ocasional una pensaría que es una simple broma. Pero no. Son fastidios diarios. Es el infierno que enfrentamos las mujeres negras.

Mi marido, cuando está a mi lado, entre caricias y habladas siempre me dice que soy su zapotito. Aguanto ese dicho porque es mi esposo. Pero si otro hombre en las calles y en el trabajo me dice zapote me irrita. Pienso que esa forma de decir es completamente malintencionada. Es una manera de decirme que soy negra, fea, horrible y despreciable. Las personas no negras tienen la costumbre de referirse de las de color en forma despectiva, agresiva y ofensiva. No faltan quienes al caminar por las calles me gritan: “negra apestosa, negra golosa, negra mañosa”. Estoy acostumbrada a esas bromas pesadas. Pero un insulto que viene de otra mujer es algo que no puedo soportar. Las mujeres que presumen piel blanca son las que me ofenden con continuas insinuaciones de que soy espantosa que ando embrujando a los hombres.

En el trabajo, desde que llego hasta que salgo, los compañeros entre sí dicen “cuando nos comimos a esta zapote negro”. Los hombres mayores que yo al darme el saludo, en un gesto de amistad, ayudan a colocar las mercancías y los productos para vender. Los cincuentones, alardeando su virilidad, me tocan el trasero y dicen “estás como quieres”. A algunos de ellos doy una cachetada por faltarme el respeto. Otros tarareando la canción negra yo soy negra me llaman, en vez de decirme de frente sus pretensiones e intenciones, fijan su mirada no en mi cara y en mi pecho, sino en mis nalgas. Cuando las digo qué miran me contestan: “levanto mis ojos y lo primero que veo es tu trasero que se ve desde lejos”.

Los tratos que recibo de la gente en la mayoría de las ocasiones son discriminantes e incriminantes. Ven el color de mi piel como si fuera una enfermedad contagiosa. Pero es intolerable que en el trabajo sucedan las peores ofensas hacia las mujeres negras. No son sobrecargos de las actividades. Son exigencias de los hombres para complacer sus caprichos. Los hombres en donde trabajo se preocupan más por gozar y colmar sus carencias sentimentales. El cumplimiento de los deberes pasa a ser asuntos sin importancia. Como en los balnearios la mayor parte del tiempo las personas que acuden dedican a disfrutar los chapoteadores, las otras actividades que ocurren dejan horas libres inactivas. Eso sí el restaurante siempre está en funcionamiento pleno.

Pelear por conservar el trabajo es una friega. En vez de cuidarse del patrón o el dueño del balneario se tiene que cuidarse de los demás trabajadores y trabajadoras. La mayoría que trabaja son chismosas. Te arman escándalos con chismes, malas informaciones y acusaciones de que una no cumple con los deberes o que llega tarde. Los hombres son los peores calumniadores: van donde el patrón para decir que tal fulana y tal persona no cumplen con el trabajo. Cualquier problema que se presenta cuando son hechos por los hombres, para no quedar mal ante los superiores, echan la culpa a las mujeres. Al concluir su horario

de labores se van primero y dejan a las mujeres tantas actividades que deben terminar. Los hombres siempre tratan de quedar bien ante el patrón echándole coba o diciendo que están a sus órdenes en todo. A las mujeres nos dicen: "no vayan donde el patrón porque somos los encargados y todo cuanto quieren deben decirnos a nosotros". Tienen esa costumbre de mentar la madre, maldecir a las negras y despreciar a las que sobresalimos en el trabajo".

## CHAPOPOTE

**TANIA** (vive en Zapata, tiene 34 años y trabaja en la preparación de antojitos en un balneario de Oaxtepec)



"A la muerte de mi padre primero y luego de mi madre, para cuidar a mis dos hermanas menores, desde los 17 años trabajo en la preparación de antojitos. La receta de mi madre me sirvió para conseguir el trabajo en un balneario importante en Oaxtepec. En ese balneario trabajo solamente los dos días fines de semana, sábado y domingo. Los otros días vendo huaraches, gorditas y tortas en mi domicilio.

Estar parada y al frente del fuego todo el día hace sudar. Soportando los flamazos, aguantando el bochorno y acostumbrándose al calor tengo que preparar los antojitos. Algunas personas preguntan qué son los antojitos. Mi madre decía que son los tamales, los tacos, los huaraches, las gorditas, las memelas, las tortas, el pozole, las quesadillas, las flautas, las burritas, los sopes y los pambazos. Pero no pueden faltar 6 y hasta 8 tipos de salsa. En la cocina del balneario solamente preparo las quesadillas, las gorditas y los huaraches. El pozole forma parte del menú. El más laborioso es hacer las tortillas a mano. Pero es la que prefiere la gente.

Para trabajar en Oaxtepec voy los viernes por la tarde. Si voy el mismo día del trabajo no llegaría a tiempo por la distancia. Me quedo en la casa de una amiga. En la casa dejo a mis hermanas indicando la que deben hacer cada quien. Los dos días de trabajo, desde las 7 de la mañana hasta las 8 de la noche, hago lo antojitos. La gente que acude al balneario consume a gusto. Hasta ahora no tengo alguna queja y reclamos. Los patrones con toda su familia cada domingo me piden que las prepare huaraches y gorditas especiales. Lo niños y las niñas siempre prefieren

las quesadillas. Algunas mujeres que vienen de la Ciudad de México, observando la forma en que hago las cosas, me dicen: “dónde aprendiste a hacer esos antojitos”. Sin dejar de hacer, con amabilidad, contesto: “me enseñó mi madre cuando era niña”. La gente que acude a comer los antojitos, en general, acompaña con refrescos. Son pocas las personas que comen pidiendo agua de sabor.

Antes del inicio de mis actividades y al terminar de trabajar, los compañeros que se ocupan de otras cosas y en áreas diferentes, pidiéndome que las separe algunos huaraches y gorditas, entre broma y broma tratan de seducirme. Unos son amables y no son empalagosos. Otros al oír un no de mi parte con ira me gritan: “eres chapopote y fea a ver si encuentras un hombre como tú quien te ame”. A esos también con ira digo: “si soy fea y chapopote por qué me pides que sea tuya”. A los hombres que digo no y se molestan, una vez que hayan comido, no quieren pagar. Eso que comieron sin pagar yo tengo que poner de mi sueldo porque los patrones me entregan la masa y las cosas contaditas. Aguantar esas barbaridades de los hombres es diario.

De los clientes no recibo ofensas. Pero sí de los hijos y las hijas. Los niños al quemarse con las quesadillas calientes, al escupir o tirar, mirándome dicen: “por tu culpa negra me quemé”. Las niñas al mirar que volteo las tortillas, los huaraches y las gorditas con los dedos, después de decir algo en el oído de su madre, me preguntan: “por tocar el comal caliente te volviste negra o te pintaron los carbones”. Las jovencitas que siempre quieren estar delgadas, como dicen ellas en forma y coll, dicen a su padre: “no quiero comer esas cosas y menos tocada por una negra”. Esas y otras palabras me dicen”.

## TIZNADA

**ANDREA** (vive en Cuernavaca, tiene 48 años y trabaja como ayudante de cocina en uno de los balnearios de Cuautla).

“Mis familiares son de Oaxaca. Llegamos a Cuernavaca cuando tenía 17 años. Estudié hasta primer año de bachillerato. Con esa educación no puedo conseguir un trabajo en las oficinas. Hasta los 30 años trabajé en diversas actividades. Hace exactamente 9 años entré a trabajar en un balneario que está en Cuautla. Mi puesto inicial fue de limpieza y pasé luego a lavaplatos. Actualmente me dedico a la preparación de la comida para los turistas que llegan. Los encargados del balneario siempre me mandan a los mercados a comprar algunos condimentos y saborizantes.

Los quehaceres son interminables. Trabajamos en la cocina 8 mujeres y 11 hombres. Uno de los hombres es el cocinero principal. Todas las personas que estamos bajo sus órdenes decimos chef. Ay de aquella persona que la llame por su nombre. Se molesta y con gritos nos manda hasta el infierno. Cada orden

manda con regaños y con amenazas. Los hombres siempre trabajan entre bromas, burlas y chistes. Son las formas de decirnos que las mujeres no sabemos hacer las cosas y que somos flojas.



Uno de los peores maltratos que recibimos en el trabajo es hacer las actividades de los hombres que se creen los mandones. Nos exigen que hagamos los trabajos que a ellos les toca. Desde un rincón nos vigilan hasta que terminemos de hacer. Las demoras y los retrasos en los servicios a los clientes nos achacan. Los errores que se presentan son motivos para lanzarnos vulgaridades, regaños e insultos. Los insultos son generalmente las referencias al color de nuestra piel. *A mi particularmente me dicen tiznada, untada con humo y palo a medio quemar.*

Dichas apreciaciones me enfurecen, porque vienen de hombres que tienen el color cobrizo y no son blancos. Cuando me ofenden con esas palabras tengo ganas de aventarlas agua hirviendo en la cara. Todos los días recibo alguna amenaza, el desprecio y hasta agresiones físicas disimuladas. Las reacciones contra esos insultos son respondidas con las invitaciones a dejar el trabajo o ser despedida sin beneficios.

Pero eso sí cuando estamos trabajando tranquilamente, en un mostrar su machismo y su hombría, en sus movimientos hacen los arrimones, los manoseos y los piropos. Tienen la costumbre de exigir que se complazca sus caprichos, sus

deseos y su ego. Piden que seamos amables en todo. A sus pretensiones amorosas las respondo diciendo: tú me dices que soy tiznada y al rozar me cuerpo con tu cuerpo te dejaría manchado, pintado y maloliente. Es la única forma de alejar sus continuas insinuaciones sentimentales”.

## CARBÓN

**MARLENNE** (vive en Jojutla, tiene 29 años y trabaja en un balneario rústico de su localidad)



“Desde los 24 años trabajo en el balneario preparando la comida. Actualmente estoy sin empleo. Desde que tuve a mi pequeñita los patrones ya no me dejaron trabajar. Además no tengo con quién dejar a mi hija.

En el trabajo conocí al padre de mi niña. Nos juntamos y vivimos un año. Al quedar embarazada, por los rumores que escuchó en el balneario, me dejó. Antes de irse me insultó y hasta me agredió físicamente. Me dijo que era una cualquiera y facilona y lo que llevo en la panza a lo mejor no es de él.

Después me entero que uno de los compañeros que me insinuaba a estar con él le había dicho: “tu doña aquí pasó con todos. Sabes, le

decíamos carbón quemante, carbón humeante y carbón ardiente”. Tan grande fue mi enojo. Nunca pensé que ese hombre llegaría a tales extremos. Jamás imaginé que podría causarme tanto daño. Soy comunicativa. Hablaba con todos y todas que trabajan allí. Tal vez esa fue interpretada como que soy una mujer de mala vida.

Ser mujer negra es recibir diariamente algún tipo de grito, insulto y agresión. En las calles oigo palabrotas contra mí. Cargando a mi niña cruzo con pasos muy lentos las calles y los conductores que corren a altas velocidades en los lugares con señalamientos marcando la máxima velocidad, en vez de detenerse y darme el paso, me gritan: “negra idiota acaso no ves que éste no es el lugar de peatones, retírate porque eres un estorbo”. Una que otra mujer conductora, estando en semáforo verde, cruzan la calle gritándome: “sal de mi camino”. Las mujeres como

yo somos la burla de los demás. Los hombres y las mujeres de piel blanca nos ofenden y nos maldicen. No existe un solo día en que alguien lance un piropo, una invitación, una mirada y una palabra sin despreciar a la raza negra. Eso sí haciéndose trenzas, tatuajes, peinados y chinos en su cabello imitan a las negras que tanto odian, insultan y agreden”.

## SUCIA

**NICOLE** (niña congoleesa de 10 años, vive en la Ciudad de México y su madre inmigrada de la República Democrática del Congo trabaja como secretaria en una empresa de publicidad).

“En la escuela todos mis compañeros me gritan “negra bonita”, pero mis compañeras me dicen “arrimada y mantenida”. Las que proceden de familias acomodadas, por traer ropas de marcas y celulares de última generación, no solamente me hacen muecas, sino también exigen a las demás que no me dejen entrar al sanitario y al tocador. En el recreo me dejan sola y no permiten participar en sus pláticas y en los juegos. Las riquillas y las presumidas gritan a las otras: “a esa negra no dejen tocar sus cosas porque va a gotear su negrura”. Cuando mi madre los domingos me lleva a pasear a los parques, los padres y las madres que andan con sus hijos e hijas, se apartan. En algunos lugares dicen a sus hijos que no me hablen ni me miren. Pero cuando se van, los juegos y las andaderas, quedan sin que alguien use. Es entonces que me pongo a jugar solita.



Me vida es una pesadilla. Estando sola me pongo a llorar. Un fin de semana fuimos a Cuernavaca. Mi madre por las pláticas de sus compañeros de trabajo se fijó en un Balneario que llaman Las Estacas Parque Natural. Llegamos a las 10 de la mañana. Fui con tantas ganas de bañarme y pasar un momento agradable. La sorpresa fue grande: el lugar estaba atascada de personas adultas, niñas, niños, jóvenes y hasta de gente que dicen gabachos y gachupines. Al momento de llegar a la piscina, el grupo de niños y niñas que estaban jugando dentro del chapoteadero, me gritan: “*negra sucia* vete a bañarte a otra parte. Aquí estamos solamente quienes tenemos la tez blanca. Si entras sin duda teñirás de negro el agua. Dile a tu madre que te lave con thinner, cloro, sosa y detergente para ver si así te vuelves blanquita”. De inmediato corrí donde mi madre, quien al oír la que

dije, me lleva a otro chapoteadero donde estaban bañándose mayormente mujeres. Entramos y permanecí zambullida algunos segundos. Al levantarme me percaté que ya no estaban las mujeres. En ese momento dije a mi interior: ahora la piscina es solamente para mí. Tardé seguramente más de una hora en el agua. Veo mis manos y las palmas muestran blancura. Veo mis pies y la planta también se ve blanca.

Observando a la gente bañándose, caminando, jugando o comiendo pregunto a mi madre: por qué nos dicen negras sucias si la palmas de mis manos, la planta de mis pies y mis dientes son blancos; también la sangre que tengo es roja como la tienen todas las personas. La respuesta me dio así: si te dicen negra sucia sonriendo diles que eres coco. Si te preguntan el por qué contesta de esta manera: soy la hija de la luna negra y descendiente del padre Babuino. Hablando recorrimos todo el espacio, pero en nuestro paso las personas nos miran y algunas murmuran. En todo momento nos hallamos ante la mirada de la gente. Nuevamente pregunto a mi madre: por qué esa gente nos miran continuamente, acaso llevamos una larga cola o que tenemos algo que los llama la atención. Sin darme la respuesta solamente toma mi mano y me conduce.

Salimos del balneario. Subí al auto. Tardamos en tomar la ruta hacia la Ciudad de México. En todo el recorrido pensaba en tres cosas que me llamaron la atención: la forma en que diversas personas miran a las negras y a los negros, los gritos de las personas de diferente edad que desprecian a quienes procedemos de África y el pensamiento que tienen de que las negras somos sucias. En el retorno a casa, mi madre puso una música africana: Pulluler. Entre las dos nos pusimos a cantar. Con eso llegué hasta el Congo, país de donde salí a los cinco años. Pasé un año en Cuba donde aprendí el español. Algunas maestras de la escuela a la que voy me dicen que mi español es muy buena. Terminando de cantar, ya a dos cuadras de donde vivimos, digo a mi madre: solamente deseo que la gente no nos odie ni nos diga sucias”.